PARTE PRIMERA

SECCIÓN PRIMERA

Cualidades de los que se dedican al Apostolado de la enseñanza

CAPÍTULO PRIMERO

La Enseñanza

Enseñad á todas las naciones: hé aquí una de las últimas cosas que el Redentor del mundo y Maestro divino encargó á sus Apóstoles, y lo que la Iglesia católica ha hecho, hace y continuará haciendo hasta el último día de su vida sobre la tierra: y no temáis; yo estaré con vosotros siempre hasta el fin *Usque ad consummationem sæculi.*

En virtud de este precepto divino enseña el Papa desde lo alto de la primera cátedra del mundo, enseña el Obispo y enseña el Párroco. Enseña también el maestro, enseña la madre, y doquiera y siempre se enseñará, porque sin enseñanza no podría el hombre llenar su misión sobre la tierra, ni aún llegaría á ser hombre.

La enseñanza se puede desempeñar por dos motivos: por especulación ó por vocación.

Desempeña la enseñanza por especulación quien por medio de ella trata sólo de hacer fortuna: quien se propone en este altísimo ministerio, como objeto directo y exclusivo, la mayor ó menor retribución que de él puede reportar y cierto honor necesario para sus aspiraciones en la vida, se limitará á la parte ínfima de la educación, y enseñará, ó mejor dicho instruirá para ganarse la vida, como un zapatero hace zapatos, al decir de Platón.

Desempeña la enseñanza por vocación quien, ante todo, mira por el bien de los confiados á su cargo; y sabiendo, como ha dicho Leibnitz, que la educación es todo el hombre, no se limita á dar la instrucción científica, sinó que abarca el entendimiento, la voluntad, el corazón, el alma y el cuerpo, trabajando con la constancia y firmeza de un padre y con el amor de una madre por realizar en sus discípulos á quienes tiene por hijos el bello ideal de los antiguos: alma perfecta en cuerpo perfecto: *Mens sana in corpore sano*.

El que enseña por mera especulación no pasa de ser un asalariado; sentirá insoportable el peso de la enseñanza y concentrará su principal trabajo en explotar la memoria de sus discípulos, almacenando en ella más ó menos conocimientos que le hagan lucirse en casos dados, no en bien de los alumnos, sinó por propia conveniencia; cuidándose poco de que con ese proceder se engaña á las familias y se perjudica á los alumnos.

El que enseña á conciencia ó por vocación, por Dios, que ejerce el *Apostolado de la enseñanza,* ese, sin descuidar la memoria, se dirige al entendimiento para iluminarlo, al corazón para purificarlo, para enoblecerlo, para formarlo; al carácter para elevarlo; á todas las facultades intelectuales y volitivas para dirigirlas; á todos los defectos, aún los más pequeños, para hacerlos desaparecer; á todas las buenas cualidades para fortalecerlas y desarrollarlas; á todas las virtudes para vivificarlas: su constante anhelo tiende á completar la simple, única educación intelectual, moral, religiosa y física.

Con esta enseñanza corrige, completa y mejora; y hasta en naturalezas, al parecer, incapaces hace germinar, cual hábil jardinero hermosas flores y suavísimos frutos de cualidades que ni siquiera se sospechaba pudieran existir: amabilidad y dulzura en caracteres ásperos, constancia y fortaleza en caracteres débiles, profundidad y brillo en inteligencias, al parecer, amortiguadas. ¿Concíbese trabajo más útil, obra más grande, misión más trascendental?

El que enseña por especulación hará la vista gorda á faltas que no sean ruidosas, sin cuidarse de los defectos que son la raíz; con tal que no haya escándalo se cuidará poco ó nada del espíritu que domina en sus discípulos: que unos á otros se corrompen, que no respetan, que odian al profesor, no importa; hay cierto orden y exactitud, la cosa marcha, más allá ni se ve, ni se quiere ver. Un educador de esta naturaleza podrá ser temido y aún obedecido; jamás amará y será amado. Visitará la casa, la clase una persona superficial: donde presida ese espíritu, la especulación, todo podrá estar, al parecer, en orden; cada uno podrá estar en su puesto: ¿qué más se quiere? Quien no sabe lo que es enseñar ó, mejor dicho, educar, nada más pedirá; el que lo sepa, dirá con Fenelón: «El orden es admirable, hermoso, la exactitud inmejorable; pero ¿dónde está la educación?»

A lo más que en un establecimiento de esta clase se puede aspirar es al orden y regularidad de un cuartel, nunca á lo que la buena educación debe producir, una familia ordenada y regularizada por la inteligencia del padre y el amor de la madre. En jóvenes enseñados por profesores que sólo buscan su negocio no busquéis ninguna de las cinco cualidades que resumen admirablemente la completa educación: *razón desarrollada y firmemente asentada en bases y principios inconmovibles, voluntad acostumbrada á obedecer á toda legítima autoridad, corazón que sólo sabe amar lo que le enoblece y espiritualiza, respeto á todo lo que en cualquier grado refleja el poder de Dios, alma que adora á su Dios como á su Creador, y mejor, que le ama*

como á su Padre más amante, y como complemento y triple escudo protector, *triplex es circa pectus, la pureza*, la más hermosa garantía para la educación de los sentidos, para la educación del entendimiento y para la educación del corazón.

El que desempeñe la enseñanza como una misión sagrada, como un augusto ministerio, como un *Apostolado*, sabe que la obra que lleva entre manos tiene por objeto al hombre creado á imagen y semejanza de Dios; que el desarrollo paralelo, equilibrado y harmónico de los dos elementos que le constituyen, alma y cuerpo es el requisito indispensable para que la educación sea digna; que las mismas condiciones ha de tener la educación de las facultades del alma; pues si se atiende sólo á la educación científica y se descuida la religiosa y la moral, nada se logra; la sola instrucción no es más que la corteza de la civilización, y con sólo ella se podrá hacer un arquitecto, un abogado, un médico, un militar, pero no un hombre: así ha podido decirse con razón: «un sabio de más, un hombre de menos.»

De derecho natural la educación de los hijos es inherente al deber de los padres; el que, pues, por delegación de éstos asume tan trascendental misión que los padres ó no saben, ó no pueden, ó no quieren llenar, al desempeñarlo, contraerá los derechos y las obligaciones de los padres.

Al ejercer el *Apostolado de la enseñanza* se partirá del principio indubitable, que á consecuencia de la caida original, no hay en el corazón del educando defecto que, á no corregirse, deje de crecer y pervertir al alma, que no hay buena cualidad que no desaparezca, sino se la cultiva con asiduidad y esmero y que en el corazón del niño es fácil hacer desaparecer los defectos, germinar y desarrollar las buenas cualidades que serán el más bello encanto y el más rico patrimonio de su vida.

Para conseguir fines tan eminentes cuenta *el Apostolado* y sólo él con cuatro medios admirables que obrando paralela, simultánea y constantemente en el mismo sentido, son de casi infalible eficacia: estos admirables medios son: *la religión, la instrucción, el orden y los cuidados físicos*.

Si á estos cuatro medios que sin cesar trabajan la inteligencia, el corazón y los sentidos del joven se añaden las cinco cualidades que deberá tener el digno educador: *virtud, ciencia, carácter, abnegación y amor*, no habrá resistencia posible aún en naturalezas las más refractarias y que, salva siempre la libertad moral, vienen al mundo impregnadas, como dice Mons. Gay, con los vicios heredados de sus maleados ascendientes.

Así, sin ciegos y trasnochados rutinarismos, progresando siempre con Cristo en todo lo bueno, bello y verdadero procede el *Apostolado de la enseñanza*.

CAPÍTULO II

Importancia é influencia del Apostolado de la Enseñanza

El militar que con las armas en la mano defiende la patria querida, el magistrado que administra la justicia, el agricultor que proporciona los primeros elementos de la vida, el artesano, el artista, el ingeniero, el comerciante etc. todos tienen su importancia y dignidad en una sociedad bien organizada; pero cuanto dista lo eterno de lo temporal, el espíritu de la materia, el alma inmortal del cuerpo perecedero, otro distan la importancia y dignidad de los que en sus cargos, funciones y ministerios se dirigen preferente y directamente al alma, á lo imperecedero, á lo eterno, de los que preferente y directamente miran en sus funciones á la materia, á lo perecedero, al cuerpo corruptible. Por este motivo, á los ojos de la fe en un cristiano y á los del buen sentido y recta razón en un hombre ilustrado, la más alta importancia y la mayor dignidad se hallan

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

en los dedicados al sacerdocio y á la educación, ó sea al *Apostolado de la enseñanza.*

La Iglesia católica, divina educadora del género humano ha reconocido que entre las funciones del gran ministerio de las almas de que está encargada, se cuenta la educación de la juventud, y por eso la mira como obra sagrada, como un *Apostolado.*

San Juan Crisóstomo interpretaba fielmente el sentir de todos los santos Padres cuando decía. «Esta magistratura de la educación es superior á todas las magistraturas civiles, como el cielo á la tierra, y todavía no digo bastante. La magistratura civil se ocupa, ante todo, en castigar el mal ya hecho; empero la magistratura espiritual, se ocupa en impedir que se haga. Los magistrados civiles no os enseñan ni qué es el alma, ni qué es el mundo, ni que será de nosotros después de esta vida; ni qué debemos hacer en este mundo para practicar la virtud.

«Los ministros del Altísimo, al contrario, enseñan todas esas grandes cosas, y por eso el templo y la escuela son cátedras de filosofía para la enseñanza de las almas, tribunal donde el alma se juzga así misma y gimnasio, en fin, donde se ejercita en la carrera que lleva al cielo.»

«El magistrado castiga al culpable, no destruye el mal; y en muchas ocasiones obra como el médico que llamado á curar la cabeza de un enfermo, se la hiciera cortar. En la magistratura espiritual todo lo contrario, se corrige más bien que se castiga; y no tanto se busca castigar al culpable como sanarle y destruir el mal.»

El Doctor Angélico Sto. Tomás de Aquino, discutiendo, como siempre, con profundidad y precisión sin igual, no duda afirmar que las Corporaciones religiosas dedicadas á la educación son las que ocupan el primer lugar en la Iglesia de Dios: *Sic ergo summum gradum in religionibus tenent quæ ordinantur ad docendum et prædicandum...* Et magis est illuminare quam lucere. 2. 2. q. 188 a. 6.

Entre los paganos el buen sentido y la recta razón les hicieron conocer la misma verdad: que después del sacerdocio no había en la sociedad misión tan importante, función más trascendental como la que tiene por objeto educar á la juventud.

«La educación, decía Platón en *Las Leyes,* ¿qué otra cosa sinó el arte de atraer y conducir los jóvenes hacia lo que la ley dicta ser la justicia y la recta razón, y lo que ha sido mirado como tal por los ancianos más sabios y más esperimentados?» Y desenvolviendo su pensamiento añadía: «La república tiene necesidad de un magistrado que presida la educación; y el hombre elegido para esto y los que le elijan, deben saber que entre las grandes funciones del Estado no hay ninguna más noble ni más sagrada.» Y para que la elección fuera lo más posiblemente acertada, quería la hicieran los ciudadanos más dignos y en los templos, en presencia de la Divinidad.

Cuéntanos Jenofonte que entre los antiguos persas era confiada la educación á doce magistrados venerables por su edad y por el vigor de su inteligencia: éstos debían haber desempeñado antes con honor las grandes funciones públicas; y cuando amaestrados por la experiencia de todas las cosas y el largo hábito de los trabajos más difíciles, hallábanse perfeccionados en la sabiduría y la virtud por la paciencia, se les confiaba la educación de la juventud: creíase que el gozo y la gloria de estos nobles ancianos, que la corona que más honraba sus blancos cabellos era enseñar á las nacientes generaciones la docilidad á los consejos de la razón, la obediencia á las leyes, el respeto á las cosas sagradas, las virtudes de la edad madura y las más altas lecciones de sabiduría.

«Admirábame un día, añade el ilustre ateniense, que la pequeña Esparta llegase á ser tan poderosa y célebre en toda la Grecia, y comprendí que esto era debido á la sabiduría de Licurgo. Este célebre legislador había elevado su patria á tanta prosperidad ocupándose, ante todo, en la educación de la juventud: mientras que en las otras ciudades de la Grecia era la educación confiada á los esclavos, él la confió á hombres libres; y al frente de ellos puso uno

de aquellos á quienes se confían las más altas magistraturas del Estado.»

Entre los romanos decía Cicerón, «que después de haber reflexionado profundamente, le había parecido que el servicio más grande y más noble que se podía hacer á la patria era dedicarse á la educación de la juventud.»

Y en el libro *De la vejez* el gran orador llega á decir que los ancianos que carecen de vigor para los empleos laboriosos de la república, se consagren á la educación de los jóvenes; añadiendo que esta función sería el empleo más ilustre de su experiencia.

En el tratado *De la tranquilidad del alma* llama Séneca á los educadores de la juventud los magistrados de la familia, *quasi domesticos magistratus*, y desde este punto de vista los coloca sobre los magistrados de la ciudad; porque, añade, ellos exortan á la juventud al bien é introducen la virtud en sus almas.

No sólo desempeñan los educadores de la juventud la más alta magistratura después del sacerdocio, sinó que la educación, en el fondo, en su esencia íntima supone la paternidad más elevada, la más trascendental, la más divina, la paternidad, no de los cuerpos, sinó de las almas.

A tan gran altura había el paganismo, en materia de educación, elevado su pensamiento. Que los jóvenes sepan, decía un filósofo, que los educadores son los padres, no de sus cuerpos, sinó de sus almas: *Parentes non corporum sed mentium.*

Y en esta grandiosa y elevada idea debió inspirarse Alejandro Magno al decir que no menos debía á Aristóteles, su educador, que á Filipo su padre; pues si á este debía ser Alejandro, á Aristóteles debía ser Alejandro Magno.

Véase, pues, la importancia, dignidad é influencia del educador de la juventud; importancia, dignidad é influencia superadas sólo por el sacerdote; y aún respecto de influencia el educador supera al sacerdote por el mayor contacto é intimidad que tiene con los educandos.

Concluyamos con el Obispo de Orleans: «En la sociedad humana nada es más digno; ni de mayor eficacia que la misión del educador: los pueblos inspirados en la recta razón han mirado la educación como una magistratura; la razón iluminada por la fe ha hecho del ministerio de la educación un ministerio santo, un *Apostolado* y casi un sacerdocio.»

CAPÍTULO III

La virtud

De las cinco cualidades que debe poseer el educador para ejercer el *Apostolado de la enseñanza*, la primera es la virtud; no la que, á juicio del mundo, basta para formar al hombre honrado, sinó la virtud sólida, ejemplar. Adornados de toda virtud, *omni virtute prædictos*, dice el gran educador San José de Calasanz, deben estar los que se consagran á la enseñanza.

Es de sentido común, que á proporción del cargo que uno desempeña, han de ser las cualidades que debe poseer; y, por consiguiente, los que tienen la misión de cultivar en el corazón de los niños el germen de las virtudes, deben estar adornados de ellas: así lo entendieron aún los educadores paganos dirigidos por la sola razón.

Quintiliano requiere como primera condición para educar que el educador sea el hombre más virtuoso: *sanctissimum quemque* y añade: «Es preciso que la santidad del que enseñe preserve de todo vicio los tiernos años del discípulo: *Teniores annos sanctitas docentis custodiat.* Y no basta á su juicio que se vea en el educador la más grande austeridad, necesítase además que sea realmente irreprensible y exento de todo vicio.»

Como una señora romana consultase sobre la elección de educador para su hijo á Plinio el Joven, éste le aconsejó tomase sin dificultad á Julio Genitor, porque su virtud, su

pureza y sus costumbres eran irreprensibles. «No dudéis, añadía, poner vuestro hijo en manos de tal maestro que, ante todo, le formará en las buenas costumbres y después en la elocuencia, la que sin las buenas costumbres es perniciosa sabiduría.»

Juvenal quiere que los maestros que sustituyan á los padres en la educación de sus hijos tengan la misma santidad que ellos: *Qui præceptorem sancti voluere parentis esse loco.*

Bajo el Evangelio han conservado toda su autoridad y frescura los conocidos versos del mismo poeta:

Maxima debetur puero reverentia, si quid
Turpe paras ne tu pueri contempseris annos.

El niño debe ser tratado con el mayor respeto: guárdate de hacer la más pequeña indignidad delante de un niño.

Platón en *Las Leyes* dice que los educadores de la juventud deben ser modelos de santidad. Y dá por razón que en el Estado debe emplearse habitualmente para la juventud lo que haya de más perfecto. «¿Y creeremos, añade que en un Estado que está ó debe estar formado por buenas leyes, ha de abandonarse la educación al azar, y que cualesquiera han de elegir según capricho al que haya de enseñar á los hijos de ciudadanos virtuosos, no cuidándose si en sus lecciones les enseñará á ser virtuosos ó viciosos?»

Dice también el ilustre filósofo: «El jefe ó superior, encargado de velar por los ejercicios del cuerpo y del alma, no tendrá un momento que no consagre á la juventud. Más ¿cómo podrá abarcar todos los detalles de la educación? La ley le permite elegir auxiliares para tan gran trabajo; pero nunca podrá elegir malos auxiliares; debiendo estar siempre penetrado de la grandeza de su ministerio y del respeto que se le debe.»

Todas estas precauciones quería Platón se tomasen para que á los jóvenes no se les pusieran delante de sus ojos malos modelos.

Si los jóvenes, añade, han de imitar alguna cosa, que

imiten las cualidades que les conviene poseer desde la infancia: la templanza, la santidad, la grandeza de alma y las demás virtudes; nunca nada bajo ó grosero, no sea que en esta imitación de lo indigno se les pegue algo de la triste realidad.

«Y no montones de oro es lo que más conviene dejar á los jóvenes sinó un gran fondo de pudor. Y esta virtud con el ejemplo, no con palabras se infunde eficazmente. Por eso un sabio legislador cuidará que no se haga ni diga delante de los jóvenes cosa de que estos puedan sonrojarse. La verdadera educación de la juventud y de todas las edades de la vida no consiste en reprender, sinó en hacer constantemente lo que se quiere enseñar á otros reprendiendo.»

Tanto importaba á los ojos de Platón la conformidad de las buenas costumbres del educador con las buenas lecciones que debía transmitir á los educandos; porque la tierna edad, dice Quintiliano, se adhiere á lo que la rodea, crece, se agranda y forma á su imagen; y pronto los ahora niños no tendrán en la adolescencia sinó las costumbres de sus maestros.

Bien merece meditarse la sabiduría de aquellos atenienses citados por Platón, que decían: «Nosotros no podemos ofrecer á nuestros hijos una acción gloriosa que nos pertenezca; y esto nos hace avergonzarnos en su presencia y acusar á nuestros padres, quienes por ocuparse en otros asuntos, nos abandonaban mayorcitos á nuestros caprichos. Y este ejemplo sí que podemos ofrecer á nuestros hijos y decirles que si se abandonan á sí mismos, como nosotros hemos sido abandonados, si no quieren seguir nuestros consejos, vivirán sin gloria; mientras que si quieren trabajar, se mostrarán, tal vez, dignos del nombre de atenienses.»

Así pensaban los sabios del paganismo; pensar de otra manera, dice Rollín, sería deshonrarse á sí mismos y degradarse más que los educadores paganos.

La sabiduría pagana se limitó, en tesis general, á ex-

presar sus hermosas y racionales concepciones en el estilo más encantador, sin cuidarse de reducirlas á la práctica: ha sido gloria exclusiva del Catolicismo elevar más y más tan bellas ideas y, sobre todo, hacerlas prácticas por medio de sus mayores sabios y sus más santos educadores. ¿Y cómo había de suceder de otro modo, teniendo fija la mira en su divino Fundador, modelo perfectísimo de educadores, Maestro adorabilísimo, de quien dicen los Evangelistas, que antes de enseñar con sus palabras enseñaba á todos con su ejemplo? *Cœpit Jesus facere et docere.*

Eternamente resonará en los oidos y penetrará en el corazón de los que se dedican á la gran misión de educar á los jóvenes el acento celestial de las últimas palabras del divino Maestro: *Os he dado el ejemplo para que hagais como yo he hecho.*

Quien recibe á un jovencito en mi nombre á mi me recibe.

¡Ay del que escandaliza á uno de esos pequeñitos cuyos ángeles ven siempre la cara de mi Padre que está en los cielos!

Dejad que los niños se acerquen á mi; que el reino de los cielos es para quien se les parezca.

Lo que hicieres por uno de esos pequeñitos por mi lo haceis.

Divinas palabras que, irradiando con resplandores de gloria, enseñaron al mundo el valor olvidado de la infancia, inflamaron hasta el sacrificio los corazones de los que por vocación se dedican á la educación de la juventud, hicieron de esta obra un ministerio sagrado y crearon el *Apostolado de la enseñanza.*

Si en cada jovencito quiere el divino Maestro veamos su adorable persona ¿con qué amor y respeto no deberá mirársele? ¿Quién se atreverá á tener en cuenta sólo sus cualidades naturales para hacer diferencias y dejar de prodigar á cada uno todo el tesoro de su amor más puro y concentrar en él todo el interés que concentraron María y José en su divina Persona?

¿Y quién se atreverá á escandalizar con obras ó con palabras el que representa á Jesucristo, y cuyo ángel mira de continuo la infinita santidad de Dios?

Por eso á los educadores debe repetírseles lo que á Timoteo y Tito recomienda el Apóstol: «que sean modelos los más perfectos en palabras, en caridad, en fe, en castidad y en todas las virtudes evangélicas. Que los jóvenes vean en ellos el ejemplo de la virtud de la perfecta integridad, de la gravedad irreprensible; que su enseñanza, que sus palabras estén siempre de acuerdo con sus obras, para que los discípulos los respeten, y no puedan decir de ellos ningún mal».

En ningun ministerio como en el de la educación tiene su mayor eficacia el principio de los ejemplos: *Longum iter per præcepta, breve et efficax per exempla:* doquiera y siempre el ejemplo es el mejor de los maestros. A un hombre ya formado podrá decírsele, hablando de sus indignos superiores, lo que Jesucristo dijo de los escribas y fariseos. «Están en la cátedra de Moisés: haced lo que os digan y no imitéis lo que hacen.» En la educación de la juventud esto es absolutamente impracticable. Si os falta la autoridad del buen ejemplo, retiráos; no conseguiréis ni respeto, ni docilidad, ni amor, ni confianza; y sin esto es imposible de todo punto la educación.

A los jóvenes les entra más eficazmente la enseñanza por los ojos que por los oídos. Los largos discursos los mueven poco: su lógica es sencilla, el entendimiento recto, y van desde luego al fondo de lo que se trata; por eso la mejor lección que conviene darles, consiste en practicar á su vista las virtudes que se les enseñan. Cualquiera que sea la elocuencia del educador, no olvide que la fuerza y persuasión de las palabras serán sin eficacia, sinó las acompaña el buen ejemplo. Sabida es la respuesta de aquel joven educado por Platón: había ya vuelto á casa de su padre; y como éste con malos modos y enfurecido le reprendiese, le dijo el joven. «Jamás ví hacerlo así en casa de Platón.»

Por otra parte el educador que no fuera virtuoso, ver-

daderamente virtuoso, además de que sus lecciones de virtud no le saldrían del corazón y serían ineficaces, escandalizaría á sus discípulos con su hipocresía y farisaismo; y sabidos son los grandes anatemas que en el Evangelio pesan sobre vicios tan repugnantes.

¡Cuanta sabiduría y sentimiento hay en este consejo que Mons. Borderies, ilustre Obispo de Versalles daba á un joven educador! «Para que uno que está encargado de la educación, le decía, sea un santo, basta que no sea hipócrita ni mentiroso; que haga lo que enseña y siga sus mismos consejos: ¿recomendáis la pureza de costumbres? sed vosotros puros é irreprensibles: ¿recomendáis el amor á la virtud, á la obediencia, á la humildad? sed vosotros virtuosos, dóciles y humildes.»

La virtud del educador atrae las bendiciones de Dios y con dulzura y eficacia se gana el corazón de los discípulos. Hé aquí lo que de sí mismo cuenta Lamartine: «Llevóme mi madre á una casa de educación dirigida por hombres virtuosos. No encontré allí á mi madre; pero encontré á Dios, la pureza, la oración, el dulce y puro amor, una vigilancia suave y paternal, el aire de familia, niños amados y amantes, semblantes dichosos. Pronto noté la prodigiosa diferencia entre una educación dada por especulación y la dada por vocación, en nombre de Dios, é inspirada por una abnegación generosa que sólo espera por recompensa el cielo. Un espíritu divino parecía animar con el mismo aliento á maestros y á discípulos. Las almas de todos habían encontrado sus alas y volaban con la mayor suavidad hacia el bien y hacia lo bello.

Hasta los más rebeldes se sentían movidos y arrastrados por el movimiento general. Allí ví lo que se puede hacer de los hombres no por la fuerza, sinó por el ejemplo é inspiración. La virtud, el sentimiento religioso que animaba á los maestros, nos animaba también á nosotros. Estos virtuosos educadores poseían la habilidad de hacer amable y sensible ese sentimiento y de crear en nosotros la pasión de Dios. Así todo lo levantaban con esa palanca implanta-

da en nuestros corazones... Comenzaron por hacerme feliz, y pronto me hicieron virtuoso y sabio. Reanimóse en mi alma la piedad, y esta fué el gran móvil de mi ardor al trabajo. Híceme amigo de jovencitos de mi misma edad, tan puros y tan felices como yo; y todos formábamos una sola familia.»

Cuando en las universidades, escuelas y demás centros de enseñanza reinaba el espíritu católico, el espíritu de Dios, buscábanse hombres eminentes que dignamente pudieran regentar las cátedras; pero, ante todo, *in primis,* buscábanse hombres irreprensibles, virtuosos; y hacíase así por la fundamental y sencilla razón que el educador ó maestro desempeña una obra santa, que está revestido de la autoridad de padre, que debe tener el mérito y virtudes de tal, si no quiere hacer traición á la confianza de los que se la han delegado.

De todo lo dicho se infiere con evidencia meridiana que la virtud, una virtud verdadera, noble, sencilla, amable, es la más importante y esencial cualidad de todo maestro ó educador; que hay que preferirla á todas las demás cualidades, y que á estas les añade un precio sin igual. La virtud inspira á los maestros celo, ardor, actividad por el bien de los discípulos y atrae sobre todos las bendiciones del cielo. Primero, decía San José de Calasanz, en el maestro la vida ejemplar, después la ciencia.

Que Dios, pues, terminaré con Rollín, se digne derramar abundantes gracias sobre todos los centros de enseñanza; que en ellos conserve y aumente el amor á la ciencia y al estudio y, ante todo, el amor á la virtud y á la religión que ha sido, es y será su más sólida y esplendente gloria.